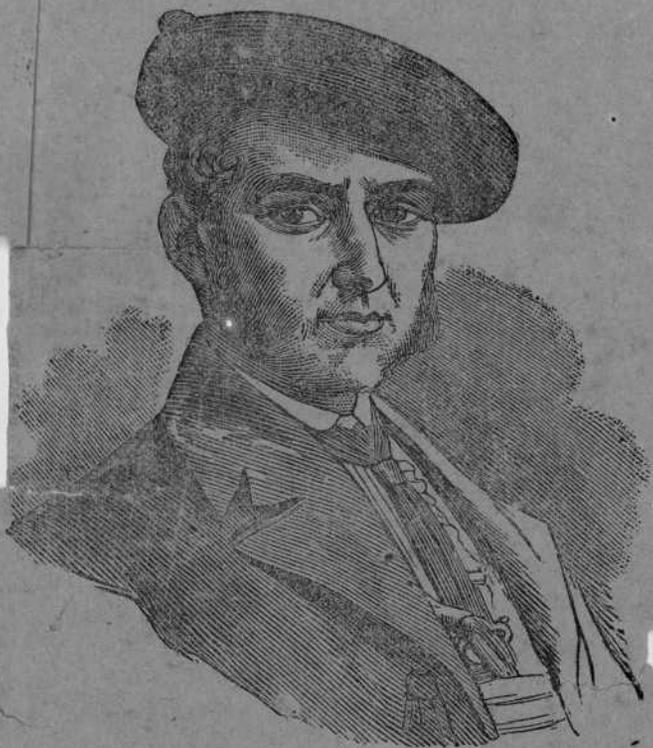


( 4 PLIEGOS )

BIBLIOTECA MODERNA



NUEVA HISTORIA

DEL VALIENTE Y ARROJADO

LUIS CANDELAS CAGIGA

(decapitado el día 6 de Noviembre de 1837.)

MADRID

Imprenta Universal de Francisco Hernandez,  
Carrera de San Francisco, 6.

Esta historia es propiedad de  
CASA EDITORIAL, para lo cual  
han depositado los ejemplares q  
marca la ley.

---

## NUEVA HISTORIA

DEL VALIENTE Y ARROJADO

# LUIS CANDELAS CAGIGAL

(decapitado el día 6 de Noviembre de 1837.)

---



PESAR de los muchos años que han pasado, sin embargo, no pueden olvidarse ciertas historias que conserva la invicta c6rte y coronada villa de Madrid. Hechos como al que nos vamos á referir, es imposible olvidar por ser dignos de atenci6n y prueba la verdad, el que siempre est6n de boca en boca coment6ndose con interesante curiosidad por todos aquellos que se dedican á estudiar aquel suceso.

Nada nos extraña que tal suceda, puesto que se trata de un j6ven que llam6 la atenci6n general por sus celebridades y contrastes m6s singulares, con los accidentes m6s curiosos; y fu6 objeto de acalorados comentarios, por la inmensa popularidad que adquiri6 en todos sus hechos, sin haber tenido que manchar sus manos con sangre para despojar á los ricos de sus bienes y entreg6ndoselo á los pobres. ¡Acci6n lozable y generosa! No porque digamos esto, nos presentamos en favor del robo; no y mil veces no: lo que queremos decir, es, que si bien desalojaba de ropas y alhajas 6 dinero al rico, no lo hacfa para atesorarlo, sino para socorrer á los pobres que lo necesitaban, teniendo muy en cuenta no apadrinar á los holgazanes.

Por todo lo cual, á pesar de los a6os que han transcurrido, hemos conservado en la memoria la vida, hechos y costumbres del

malogrado Luis Candelas Cagigal, cuyo nombre fué por mucho tiempo causa de infinitas preocupaciones, creciendo extraordinariamente su reputación.

Empezaremos á describir la historia del famoso y célebre bandido, diciendo que era natural de Madrid, hijo de padres honrados y queridos de todo el mundo por su laboriosidad y buen trato.

El año de 1808, recuerdo inolvidable por los tristes sucesos que acaecieron, nació Luis, siendo cariñosamente amamantado por su madre tratando en todo lo posible conservar la vida de su hijo para que pudiera, en su día, secundar la honra de sus padres. Los primeros años de su niñez, no salía de su casa nada más que cuando salían todos á pasear, entreteniéndose el demás tiempo en juegos infantiles propios de su edad. Así vivió alimentado con el cariño de sus padres, inculcándole las mejores ideas, hasta la edad de seis años que le pusieron á estudiar en un colegio próximo á su morada.

Continuas eran las quejas que el profesor daba á su padre, á causa de las repetidas faltas que cometía, las travesuras de su ingenio, lo independiente que queria ser, la libertad de sus costumbres y el poco amor al estudio.

Fuertes eran los castigos que recibía, tanto de sus padres como de su profesor; pero era de todo punto imposible atraerle al camino de la virtud; su inclinación era otra y nada podían conseguir aunque le hubieran crucificado. Comprendiendo que el castigo de nada le servía, se propuso su padre que aprendiera el oficio de carpintero, con objeto de dejarle un medio de ganar el sustento con honra y sin desdoro.

Despues de consultar con un maestro, íntimo amigo del padre de Luis, le llamó una tarde y le dice:

— Hijo mío, veo con desagrado que la vida escolar no te satisface, y mi deseo es que aprendas el oficio de carpintero, para lo cual he hablado á un amigo mío y ya estás recibido desde mañana. Me alegrára infinitamente que fuera de tu agrado para que el día de mañana puedas contar con un mediano pasar. Acuérdate siempre de los buenos consejos de tu padre y vivirás como yo; esto es, que seas en adelante querido y respetado de todos.

Aunque no tenía mucha afición al trabajo, aceptó la resolución que habia tomado su padre, empezando desde el siguiente día su faena. No hay que dudar durante este tiempo se desarrollára la inteligencia de Candelas, y asi como pudo ser en beneficio de su individuo, lo fué desgraciadamente en perjuicio de él y de toda su familia. El generoso instinto que presentaba su carácter, constituía una cualidad compasiva que más adelante le elevó á una categoría contraria á los demás que seguían su peligrosa profesión.

El jóven de quien nos ocupamos, era de génio afable y cariñoso, listo por naturaleza, de sin igual penetración, sereno en el peligro y de un valor acreditado desde sus primeros años.

Próximo á cumplir los quince años de edad, comenzó su carrera por medio de unos amores que contrajo con una criada del servicio doméstico á quien despojó de sus ahorros á los pocos días de tener relaciones amorosas con la joven.

Probada su primera intentiva y saliendo victorioso de ella, le convidó la suerte á que siguiera adelante y pensó en frecuentar las tabernas para encontrar en ellas personas que pudieran ayudarle á seguir su empeño con mayores proporciones. No perdiendo el tiempo que creía necesario para llevarlo á efecto, se dirigió á la taberna del tío Morondo donde encontró á Mariano Balseiro y Francisco Villena (a) Paco el Sastre y otros varios, que después unidos á él fueron el terror de la heroica villa.

Enterado de que un ebanista poseía una regular fortuna, y ésta la tenía depositada en un armario de doble fondo, procuró hacerse amigo del ingenioso artista, para poder penetrar en su casa con toda libertad. Creyéndole un santo, por la cara de pascua que presentaba, no vaciló el ebanista en confiarle todos los secretos incluyendo el dinero con que contaba para su vejez. No fué necesario más para que un día, so pretexto de ir al cuarto núm. 100, se internase en la alcoba donde se encontraba el dinero y con el mayor sigilo fuera apoderándose de él. Desgraciado fué para Luis el momento en que al tomar un duro se le escurriera de la mano y saliera rodando al sitio donde se encontraba su dueño, teniendo que abandonar precipitadamente la estancia arrojándose por una ventana. De seguro podía creerse que, á no haber tenido la desgracia de caer la moneda ya expresada, todo el dinero que contenía el armario del ebanista, hubiera pasado al bolsillo de Candelas.

Este arrojó y maestría empezó á crear la celebridad del joven por todas partes. La justicia comenzó á seguirle la pista; pero sin resultado favorable, llenando de día en día de consternación á todos los circunstantes por el temor de no verse libres de un engaño por la sagacidad que éste demostraba.

¿Quién era posible que averiguara su paradero?

Después de su primer golpe de audacia, llegó á formar una partida compuesta de los siguientes personajes: Mariano Balseiro, tenniente de ladrones; Francisco Villena, Antonio Ausó, Ramón Ausó, Leandro Postigo, José del Campo, Juan Mérida, Josefa Castro y Josefa Gómez.

Contaba ya la edad de 23 años cuando era perseguido por la justicia, no sólo como ladrón, sino como capitán de una cuadrilla tan bien organizada como un cuerpo de ejército. Todas las acciones de éstos estaban subordinadas á una especie de estatutos que juraban los neófitos el día de su ingreso en la sociedad. El primer capítulo condenaba á la pena de muerte al charlatán, al insubordinado y al ladrón. Por ladrón se entendía todo aquel que robára sin haber recibido orden expresa para ello. Todos debían saber leer y escribir

obteniendo por antigüedad el número más próximo á su jefe, estableciendo de este modo una especie de jerarquía. El nombre de sus robos era el de *negocios*. Cada tres meses repartían las ganancias.

Cada individuo tenía derecho para proponer un meritorio que considerase con las condiciones necesarias; pero sólo obtenían el grado después de tres *exámenes prácticos* aceptables á juicio de la dirección. Entonces se le comunicaba el secreto de la sociedad, y más tarde, cuando había vacante, era recibido.

Las instrucciones que recibían para el mayor cumplimiento de su deber y que á viva voz se les ordenaba, eran las siguientes:

*El dos*, quiere decir, tomadores ó randas.

*Al paso*, cuando andan, sacar el portamonedas del bolsillo.

*A la ligera*, cuando viniendo desde lejos detrás de la persona que se quiere robar, se apoderan de un pañuelo, alfiler ú otro objeto de adorno.

*A la tijereta*, cuando tienen que hacer uso de las tijeras.

*A la encantada*, cuando se aprovechan de una persona que está mirando un escaparate.

*A la empujones*, cuando metidos entre multitud de gente pueden meter la mano en el bolsillo ageno.

*A la espera*, cuando aguardan en un lugar solitario ó de noche á la persona determinada.

*A la que cae*, cuando roban al primero que se presenta.

*A la enganchada*, cuando fingen encontrar una aňaja y se la venden á otro por buena.

*A la equivocada*, cuando fingen reconocer á una persona que no han visto nunca, desalojándole de lo que pueden.

Serían las diez de la mañana cuando Luis se presentó en una taberna de la calle Imperial, donde debía encontrar algunos amigos para desde luego seguir sus inclinaciones hasta emprender una campaña de irregulares fechorías. Tal era lo arraigado que tenía el vicio, que no se ocupaba ya de otra cosa, sino adquirir una vida de placeres, á lo que demostraba una decidida inclinación.

Después de apurar un vaso de vino, tuvo un momento de conferencia con Marcial, que así se llamaba el tabernero.

— Luisillo, dijo Marcial, te aconsejo que busques donde meter-te, para que no te vean, pues me parece que te buscan por todas partes y sentiría que te *enchiqueráran*.

— No tenga Ud. cuidado, contestó Luis, sé muy bien lo que he de hacer y no es fácil que me prendan como no me cojan dormido. Y digo que no es fácil, porque me sé disfrazar de la manera que más me conviene para lo que vaya á emprender.

Satisfecho quedó el tabernero de la declaración que le hizo al presentarse por tercera vez disfrazado y éste no haberle conocido ni por lo más remoto. El mismo día que hizo esta prueba con Mar-

cial, y como á las once y media de la noche, se presentó en la taberna dirigiéndose, sin detenerse más que á saludar, á una habitación reservada donde se encontraban Balseiro y Paco el sastre apurando unas copas de Valdepeñas.

Lo mismo que con Marcial le ocurrió con estos dos personajes que después de estar largo rato á su lado en la mesa inmediata se levantaban con dirección á la calle. Sin poder contenerse Luis lanzó una carcajada burlona diciendo:

— Vayan ustedes con Dios, caballeros, ¿qué no me han conocido todavía?

Los dos personajes se quedaron parados y fijándose en el que les había dirigido la palabra.

— ¿No conocéis á vuestro jefe? pues no creo que me haya desfigurado tanto desde esta mañana; volvió á prorrumpir.

— Tiene Ud. razón, capitán. Pero la verdad sea dicha, que cualquiera le tomaría á Ud. por un título de Castilla. Lo que es yo no hubiera dicho que era Luis Candelas con esa *levosa* y esa *chistera* tan encasquetá.

— Es que me he propuesto á que no me conozca nadie y voy viendo que me salgo con mi empeño. Para el negocio que comenzaré en breve, esto es muy necesario. En fin, tomar asiento para que podamos hablar de *negocios*. Lo primero que debo participaros, es que no quiero hacer daño á mis semejantes: que podemos dar sendos golpes sin derramar una gota de sangre y adquirir mucho oro para atender á nuestras necesidades y á nuestros pobres amigos que están apurados. No hay que dudar, compañeros, que para lo que nosotros vamos á emprender, hace falta gastar y tapar muchas bocas que nos pueden servir de algo cuando menos lo creamos.

— Pero Luis ¿dónde está ese dinero, que tanto necesitamos? porque lo que es yo, no lo tengo, dijo Balseiro.

— Ni yo tampoco, contestó Paco.

— Eso queda de mi cuenta: no hay que apurarse contestó Luis.

Después de una larga conversación, terminó Candelas proponiendo á sus compañeros un *negocio* en la calle de Relatores. Lo esperto y la precóz inteligencia del principal personaje de nuestra obra, avivó el deseo de sus compañeros.

Así fué. A los dos días de haber tenido la conferencia, se disfrazó con un arapiento traje, pidiendo una limosna en la referida casa.

— Dios nos dé que dar, hermano, los señores no están en casa y nosotros no podemos disponer de nada: dijeron los criados.

No fué necesario oír más, para que satisfecho de que salía bien, se arrojase al peligro. Por medio de amenazas, con la energía que le caracterizaba, pudo conseguir el silencio de las domésticas y recoger todas las alhajas que á su vista se presentaban. Ya se disponía á salir para entregarlas á sus compañeros, cuando una pareja de civiles, avisada por la portera, llegó en el instante que éste su-

lía del portal y fuertemente atado le condujo á la prevención, sea cajón en aquel tiempo, y desde allí al Saladero.

Todo Madrid se enteró de la prisión del famoso ladrón y aún cuando sabían que estaba á buen recaudo, sin embargo, era inusitado el temor que todos tenían, si como era de esperar, se escapaba de la prisión.

Por la descripción que vamos á hacer del Saladero, puede comprenderse las muchas seguridades que ofrecía; pero como los célebres ladrones tienen siempre medios para salvarse, es inútil toda clase de vigilancia.

Pocos hay en España que ignoren que bajo la denominación de *El Saladero* existía en Madrid una Cárcel que vino á refundir las llamadas de *Córte y correccional de jóvenes*. Era en su origen un edificio destinado á la salazón de carnes de tocino, hasta que en el año 1831 se le habilitó para Cárcel pública.

Este edificio estaba situado al extremo de la población, por la parte Norte, junto á la Puerta de Santa Bárbara, en el ala izquierda del paseo del mismo nombre. Su figura era irregular; tenía dos pisos en la parte delantera y tres en la parte posterior del edificio. La portería era una pieza de cincuenta palmos cuadrados con cinco puertas. Sobre cada una de éstas hay un rótulo. El de la derecha, dice: «Departamento de preferencia;» el del fondo: «Sala de señores escribanos;» el de enfrente: «Incomunicacion» y el del lado de ésta «Bajada á los patios». En cuanto al régimen, policía interior y costumbres de los presos, nada diremos. Por ahora nos contentamos con recordar que estaban bien cerrados por grandes llaves y gruesos cerrojos.

Pocos días después de conducido á la prisión, Márcos y Josefa, la amiga de Paco el sastre, atravesaban por la verja del portillo de Santa Bárbara, situado, como ya hemos dicho, al extremo de la calle de Hortaleza. En aquel acto Josefa se separó de su compañero retrasando el paso, mientras éste alargaba el suyo respectivo. A la distancia de algunas varas, sobre el ala izquierda de dicho portillo, había un aposento llamado Corral de la Villa, que servía de depósito para los útiles de la limpieza pública. Sus alrededores eran un lugar solitario y sombrío. Desde que anochece se ven cruzar dos centinelas, vigilando el ala en que se destaca el corral, que linda con el Saladero. La consigna de estos centinelas es hacer fuego á todo bulto que se acerque al muro de la Cárcel, y á toda luz ú objeto sospechioso que se arrimase á las ventanas.

Mientras Josefa daba un gran rodeo adelantándose hasta la garita del centinela que ocupaba el puesto más inmediato al corral, Marcial abría con una ganzúa la puerta de éste, volviéndola á cerrar una vez dentro con el mayor cuidado.

— ¡Hola, soldado! dijo Josefa al centinela, ¿qué hora es?

— ¡Hola, prenda! contestó el soldado, son las diez dadas...

Josefa meneó graciosamente la cabeza y dió algunos pasos hacia el centinela. El centinela á su vez terció el arma y retorciéndose el bigote, la pregunta:

— ¿Qué te se ha perdido, chica, en estos barrios y á estas horas?

— ¡Nada...vengo de chamberí y me voy corriendo á casa! contestó. ¿Por qué me lo preguntas, chaval? añadió Josefa con zalamería.

— ¿Por qué?... porque como uno tiene que estar solo... si tú quisieras hacer...

— ¿Qué quieres que haga yo?

— ¡Toma... un rato de centinela conmigo!

— ¿Y si viene la ronda?

— No es hora, tentuela... Mira, escóndete en mi garita mientras voy á reconocer el terreno.

¡Oh! señor soldado, ¿quieres obligarme á hacer una locura? ¿Y si nos sorprendiesen?...

— ¿De que sirven entonces las ventanillas de las garitas, sino para mirar? contestó el soldado con desenvoltura.

Josefa no se hizo rogar más, pues convenia segun lo que tenían tratado con Luis, que ésta entretuviera al centinela para salir adelante con la fuga.

— Espérate un instante, mientras voy á reconocer el terreno, porque este sitio es muy comprometido, dijo el centinela al mismo tiempo que salía fuera del recinto. El centinela, una vez unido á Josefa en la garita, se permitió al momento algun inocente avance, y tropezando con un objeto duro en los pliegues de su vestido, que al efecto llevaba preparado, la preguntó:

— ¿Qué llevas aqui? tentándola minuciosamente.

— Nada, un poco de rom para mi casa.

— ¡Rom! exclamó el centinela admirado de su feliz encuentro.

— ¿Te gusta señor soldado, semejante bebida?

— ¡Toma... más que la leche, más que la miel de abejas!

— Pues si quieres paladear un poco... á mi no me gusta.

— ¡Oh Providencia divina! contestó el soldado, sacando por sus propias manos una botella... ¡eres ángel de los centinelas de Madrid!

El soldado bebió mucho, bebió como un alemán.

Esta era la misión de Josefa.

Ahora, mientras la escena tome un giro diverso, dejémosles, para hacernos cargo de Marcial. Como ya hemos manifestado, habia penetrado en el corral de la Villa. A la hora de que hablamos, se hallaba alumbrado por un pequeño farol colgado de una viga. En el fondo, sobre un monton de paja, dormía un muchacho de unos catorce años. Marcial se acercó á él, y despues de contemplarle, exclamó: ¡Pobrecillo, cómo duerme! Dicho ésto, se arrimó á la pared de la izquierda, contó como unos veinte pasos á la larga, midió

cuatro palmos sobre el suelo y aplicó el oído atentamente no fuera que le vieran. El silencio más profundo reinaba á su alrededor: en esto dió Marcial tres golpes en la pared. Nadie le contestó. Aguardó algunos instantes y volvió á dar otros tres golpes, que tampoco fueron contestados. En seguida se levantó: volvió á medir la distancia que le separaba de la puerta; contó cuatro palmos sobre el suelo como había hecho antes; esta vez se hallaba á una pequeña distancia del lugar en que ántes había golpeado. Escuchó con atención y le pareció oír un ligero ruido como si escarbasen la pared por la parte opuesta. Marcial respiró fuerte... acababa de salir de una mortal ansiedad.

— ¡Aquí es! exclamó á media voz, repitiendo los tres golpes con el puño cerrado y oyendo repentinamente la contestación.

Desde entonces el ruido del escaló fué redoblándose acompañado de algunos golpes de escoplo y martillo que cada vez resonaban más claros y distintos. Marcial permanecía inmóvil como una estátua. Pasados seis minutos, los dedos de Marcial tropezaron con un objeto de hierro, puntiagudo, que iba penetrando como una saeta á cada golpe de martillo. Era la punta de una fina y templada herramienta que horadaba la pared por la parte opuesta.

Cuando hubo salido unas cuatro pulgadas, Marcial la agarró con fuerza y la agitó con la mayor violencia. Cayeron algunas ruinas á sus piés... y un rayo de luz atravesó por el agujero.

— Prueba si puedes pasar, dijo Marcial.

Luis salió abrazándose á su camarada y diciendo:

— Salgamos de aquí, porque podemos ser descubiertos.

Acercándose al oído de Marcial, le preguntó por Josefa contándole éste que estaba en el sitio convenido esperándolos.

Abrieron la puerta del corral silenciosamente, y juntos se dirigieron á la de Santa Bárbara. Al atravesar la calle, se puso en marcha un bulto que poco á poco se acercaba. Era Josefa. En una de las calles transversales se hallaba parado un coche que prontamente Luis se apoderó de él, subiendo los tres personajes, y dirigiéndose á la taberna de Marcial. Esto pasaba á las diez. A las once y media, mientras Luis, Josefa y Marcial, estaban refiriendo su aventura, el guardián del Corral entraba en el calabozo núm. 15 del Departamento de Incomunicación de la Cárcel, llamado la *Arquilla*, por suponérsele cómplice en la fuga que acabamos de describir.

El centinela abismado en un sueño profundo, aún no había despertado. Había bebido con el rom un narcótico fatal.

Terminada la causa, recayó sobre Luis la pena de diez años de reclusión, lo que llegó á su conocimiento, pues sabido es que estos hombres siempre tienen cómplices que los ponen al corriente de cuanto ocurre.

No le causó la menor sensación á Candelas esta sentencia, volviendo á ejercer con mayor suerte sus atrevidos golpes de mano, y

poniéndose en continua lucha con la justicia que sin descanso le perseguía. Mediando la circunstancia de ser generoso y repartir con los pobres la mayor parte de lo que *ganaba*, bien pronto tuvo personas y albergues de que disponer para ocultarse y no ser nunca descubierto.

Llegó un día en que Luis ya no solo tenía que luchar con la suerte de sus *negocios*, sino también con su corazón. Y decimos esto, porque por aquel tiempo adoraba á una preciosa jóven, costurera de oficio y la que podía decirse que le había robado su corazón. La esbelta María (la damos este nombre por consideraciones y respetos, aunque el suyo le ocultemos) había accedido á las palabras amorosas de Luis, porque se hallaba tan enamorada como él, quien todo lo que robaba se le hacía poco para regalárselo. Comprendiendo la jóven los extravíos de su amante en la arriesgada ocupación que profesaba, le instó para que se retirara á la vida pacífica, pues con el oficio que ésta tenía, contaba para vivir modestamente y sin tener nada que temer, procurando sin cesar separarle de la senda espinosa y malhechora que había emprendido. No se negó á llevar á cabo la petición que le hacía su amada; pero diciéndola que era preciso conseguir ántes un pequeño capital para vivir con algún desahogo. María no cesaba de aconsejarle se retirara de la vida y amigos que sin cesar aumentaban su idea; pero éste profundamente viciado, no retrocedía, soñando siempre en adquirir una fortuna en los robos, que más adelante fueron su desgracia.

Grande era la celebridad que Candelas había adquirido en la corte por sus robos; pero mucha más alcanzó con los que vamos á enumerar y cuyos hechos satisfarán la curiosidad de nuestros lectores.

El primero que efectuó después de la fuga, es de suma importancia por la astucia con que lo llevó á cabo. Una tarde se dirigió hacia los barrios bajos y encontró en la calle de la Arganzueia á un jóven simple y que á todo se avenía.

— Esto es lo que yo buscaba, se dijo Luis con la mayor alegría.

Le tocó en el hombro y le dijo:

— ¡Hola, camará! ¿Has almorzado ya?

— No, señor, contestó maquinalmente el tonto.

— Pues acompáñame y tomarás lo que quieras, dijo Luis al mismo tiempo que le llevaba á la taberna misteriosa de la calle Imperial para conseguir su objeto.

Tan luego como se internaron en la secreta habitación de que disponía para tratar de sus *negocios*, vistió al desconocido de Obispo, advirtiéndole, que nada tenía que decir donde fuera llevado.

Seguidamente alquiló un carruaje y se dirigieron á la calle Mayor, mandando detener el coche á la puerta de un comercio de los más ricos que había y rogando bajara Su Ilustrísima para pasar á la tienda. Lo mismo fué ver los dependientes al Obispo figurado, que disputarse cuál había de ser el primero que le ofrecía un sillón para descansar. Entonces Luis, fingiendo ser el secretario particular del

prelado, pidió diferentes telas y paños que iba llevando un muchacho de la casa al carruaje que esperaba. Hecho el acopio necesario, empezaron á liquidar la cuenta, dándose éste por satisfecho de su coste y disponiéndose á entregar su importe. Con las mejores y fingidas palabras, hizo creer al comerciante que se había olvidado del dinero; pero que no tardaría en volver con él, pudiendo quedarse el Ilstré prelado en la tienda para su mayor seguridad. Pronta fué la salida, pero tarde la vuelta. Como el cochero estaba perfectamente instruido por Candelas, no esperó más órdenes que la voz de «á casa» para que apretara el paso hasta llegar á la referida taberna de Marcial.

Transcurrido el tiempo que el dueño del comercio creía oportuno para volver el secretario, le llamó la atención al Obispo para que mandara un propio en su busca. Cuál fué la sorpresa del referido comerciante al oír que ni le conocía, ni sabía donde podría estar, que le había llevado allí, sin saber á qué ni para qué. Con toda celeridad salieron en busca de la policía, que reconoció al tonto; pero era tarde para descubrir el robo no teniendo ningún antecedente. Como era de esperar, el tonto quedó en completa libertad y el comerciante burlado y sin poder tomar venganza, probado el estado idiota del supuesto Obispo.

Pasando por encima las conjeturas que todo el mundo podía hacerse, figurándose la mayoría que había sido Luis Candelas y de lo que éste pudiera hacer en ese tiempo, venimos á dar noticia de otro hecho no menos importante que el anterior y que hizo tomar incremento á la conocida destreza y facilidad con que practicaba sus trabajos.

Figurando un rico lugareño, se presentó una tarde en la salchichería de más fama que había por aquel entonces en la calle de Toledo y donde se vendían los mejores artículos que de su clase se expendían.

— Muchacho, dijo á un jóven como de catorce años, que estaba tranquilamente sentado en la acera, ten cuidado de este macho y ves depositando en el serón todo lo que yo te dé.

Está bien, señor, dijo el muchacho, que según pudimos averiguar se llamaba Zacarías.

Dicho esto, se presentó en la tienda y dijo al dueño que tenía que hacer una compra de bastante consideración para él y sus vecinos.

— De todo cuanto usted necesite creo que he de tener, y como buen género, en ninguna otra parte lo ha de encontrar mejor que éste. Con que puede empezar á pedir y estoy seguro que todo lo que le entregue le irá gustando, dijo el industrial con la mayor alegría, contando hacer buen negocio.

Hizo un buen acopio de toda clase de embutidos y mientras sacaba un bolsillo de piel de perro para pagar, le dice al muchacho que cuidaba del macho y que había ido colocando todas las provisiones:

— Ve andando poco á poco, que ya voy yo. Sigue toda la calle hasta la puerta de Toledo, y si no he llegado espérate.

Emprendió el chico la marcha y Luis volvió á decir al salchichero: Conque ¿cuánto es lo que importa todo?

Ya lo sabe Ud. amigo: contestó el dueño del género que ya no poseía.

— Dispéñeme, porque ya no me acordaba distraído como estaba con el muchacho.

En esto sacó otra vez el bolso para satisfacer la cuenta, y se dió un golpe demostrando incomodidad y poca inteligencia.

— ¡Por vida del chápuro! ¿pues no se me ha olvidado lo mejor? calle Ud. por Dios, con tanto encargo no sabe uno ni por dónde anda.

— ¿Pues qué le ocurre, buen hombre? dijo el salchichero, sin creer que le faltara dinero para hacer el pago, puesto que disimuladamente se había enterado que le sobraba.

— ¡Que se me olvidaba comprar manteca! dijo Luis.

Con carácter afable y muy risueño, viendo que se aumentaban sus ganancias, le contestó el dueño del establecimiento:

— Precisamente la tengo muy fresca: y seguidamente descolgó algunas vegigas.

— ¡Me parece que está rancia! si no la tiene mejor, no podemos hacer trato.

— ¡Hombre de Dios, no diga Ud. que es rancia, cuando en Madrid no encuentra otro género mejor que el que yo tengo! voy á abrir una vegiga para que se convenza de que no tiene razón.

— Hágame el obsequio de dárme la, á ver si huele ahora.

— Sí señor, tenga Ud. para que vea qué cosa ran rica y se convenza.

— Puff, dijo Candelas, no sé cómo dice Ud. que no, cuando precisamente trasciende su mal olor á cien leguas, y para mayor satisfacción de Ud. huela también.

Al propio tiempo que decía estas palabras, le puso la vegiga en las narices con tal furia, que toda la cara se la llenó de manteca, dejándole ciego por algunos instantes, pero con el tiempo suficiente para poder huir del establecimiento sin ser visto ni conocido.

A los dos días y hora ya convenida, se reunieron en la taberna Candelas y Balseiro para con su gente emprender la marcha á la calle de Preciados, donde vivía un sacerdote llamado D. Juan Tárrago, en compañía de su ama de gobierno doña Joaquina: tanto el presbítero como ésta, eran personas de probada honradez y costumbres morigeradas, y si bien no podía decirse que eran ricos, tenían algunos ahorros fruto de las economías de algunos años.

Serian las seis de la mañana del día siguiente al en que tomaron este acuerdo, cuando llegaron al núm. 37 de la citada calle

Candelas y Balseiro, dejando á los demás ocultos en un portal inmediato.

— ¡Silencio! dijo Balseiro internándose en el portal.

— ¿Qué es? preguntó Candelas.

— Que he visto salir á la criada del cura y voy á ver si ha desaparecido ya. Ella es no perdamos el momento.

Los dos salieron á la calle y en dos saltos se metieron en el portal, Candelas tocó un silbato y los demás fueron acudiendo con el mayor sigilo. Balseiro sacó un llavín, se acercó á la puerta del cuarto bajo y abrió la puerta de par en par.

— Ahora, dijo Balseiro á los subordinados, vosotros os quedais aquí para cuando vuelva la criada tapparla la boca y meterla en la cocina.

El desgraciado sacerdote descansaba muy tranquilamente en su lecho, muy ageno de la visita que en hora tan temprana le iban hacer, cuando de improviso los vió entrar en su cuarto.

De repente se incorporó con idea de dar voces, pero el temor de ser muerto al encontrarse la estampa de Candelas con una enorme navaja en su mano, le hizo callar.

— ¿Qué es lo que buscan en mi casa? preguntó casi á media voz.

— Cálmese Ud. señor cura, añadió Candelas, si no habla una palabra, no le haremos ningun mal, porque no venimos más que á llevarnos el dinero que tiene.

— Hagan ustedes lo que gusten; pero les ruego que no me maten.

— Repito que se tranquilize Ud. porque no es nuestro ánimo hacerle ningun daño.

Dicho esto, le ató Balseiro los piés y las manos para que no pudiera moverse.

— Ahora dígame Ud. dónde tiene las llaves de la cómoda y los baules para no estropearlos.

— Están en un cajón de la mesa que hay en el gabinete.

Los dos jefes de la cuadrilla se dirigieron á la mesa, donde encontraron un manajo de llaves.

El ama de gobierno del cura estaba despierta; aunque acostada, y al ver entrar dos hombres á su alcoba, les preguntó:

— ¿Qué es esto, Dios mío?

— Si habla Ud. una palabra más, la respondió unos de los bandidos, amenazándola con un puñal, muere Ud. sin remedio. ¿Dónde está el señor cura?

— En su cuarto.

— Ea, levántese Ud. y condúzcanos donde se encuentra.

Pero señores por Dios, tengan ustedes piedad de mí.

— No tema nada si calla y se levanta enseguida, pero si dá usted un solo grito, vá al otro mundo.

La pobre señora se levantó dando diente con diente de frío y de miedo, y sin permitirle que se echara más que un manton sobre los

hombros, se dirigieron con ella á la alcoba del presbítero; llegados allí, la cogieron y la tiraron sobre la cama despues de atarla los brazos á la espalda, echándola encima una porción de ropa para que no se moviese.

Miéntas esto tenia lugar, regresaba la criada de la plaza con la compra y apenas abrió la puerta, se arrojaron sobre ella los dos bandidos que estaban en acecho, y tapándola la boca con un pañuelo, la condujeron á la habitación del presbítero, la arrojaron sobre la cama en que yacían el presbítero y su ama, la ataron también los brazos á la espalda y en esta disposición las echaron colchones encima y hasta la alfombra del gabinete.

Asegurados ya los habitantes de la casa, ó por mejor decir, del cuarto bajo, procedieron á la abertura de armarios y cajones con la mayor calma y mientras abrían y extraían los objetos de sus puestos, otros los iban colocando en medio de la sala y formando líos perfectamente atados, llevándose cuantas ropas, alhajas y dinero había en la casa.

Serían las ocho y cuarto de la mañana cuando abandonaron uno á uno la habitación del infeliz clérigo, saliendo los últimos Candelas y Balseiro y dirigiéndose todos á la taberna de la calle Imperial.

Despues de pasados algunos días de esta ocurrencia, se presentó en la taberna un bandido llamado Villena que no había trabajado nunca con Candelas, y queriendo probar su habilidad, le pidió á éste que se lo demostrara para dar crédito á cuanto había oído y le hacia dudar.

Sin detenerse un momento, se levantó Candelas y le dijo:

— ¿Quieres convencerte de la verdad de lo que te han dicho?

— Bien quisiera si no te sirve de molestia.

— Pues dame tu gabán y dentro de una hora has de quedar satisfecho.

Los dos bandidos salieron de la taberna, y tres minutos despues entraban en el café uno detrás del otro. El café estaba completamente lleno, aunque en lo general era gente de poco gasto y mucho ruido, así es que no había una sola mesa que estuviese desocupada.

Candelas echó una mirada alrededor y con su ojo certero, para distinguir á primera vista las personas cándidas, y por consiguiente fáciles de engañar, se fijó en un caballero de cerca de sesenta años, que estaba saboreando una taza de café, al mismo tiempo que fumaba un aromático habano; y como en su mesa no había ninguna otra persona, el bandido se acercó á él y le dijo con la mayor cortesía.

— Si Ud. fuese tan amable, caballero, que me permitiese tomar café en esta mesa, se lo agradecería infinito, porque no hay ninguna desocupada.

— Con mucho gusto, caballero, puede Ud. disponer de la mesa como mejor le plazca, le contestó el señor.

— Mozo, dijo Candelas despues sentarse: tráeme una taza de café.

— ¡Qué concurrencia! volvió á decir Luis con objeto de entablar conversación.

— Nunca pude creer que había tanta gente hoy, por la circunstancia de ser Noche-buena; pero veo con gusto que me engañé.

— Pues yo no me he llevado chasco, contestó el caballero, porque este café no puede ménos que estar concurrido siempre á causa de ser empleados todos los que vienen á él.

A la verdad, dijo Candelas, que los que estamos acostumbrados á tomar café aquí no podemos faltar. En cuanto á mí, puedo decir que me falta el tiempo.

— A mí me sucede lo mismo, y eso que no sé como puedo acostumbrarme á ésto, acordándome del que tomaba en América.

¡Cómo! exclamó Candelas, ¿Ud. ha estado en América? ¡Qué bello debe ser aquel país!

— Efectivamente que es muy bello.

— Será lo más probable que no me muera sin verle, dijo Candelas.

¿Y piensa Ud. ir América como viajero?

— Si no puedo con un destino, tendré que ir como viajero. Lo que si ruego á Ud. es que no me tome por molesto si le hago algunas preguntas, pues en hablando de aquel país, pierdo la cabeza.

— Puede preguntarme lo que guste.

— ¿Ha estado Ud. mucho tiempo por allá?

— Ocho años. Y con toda felicidad he vivido sin tener que lamentar ninguna desgracia, al contrario, me casé con una viuda bastante rica y hoy cuento con una fortuna.

Villena no perdía ni una palabra de la conversacion, sin adivinar dónde iría á parar, dudando si efectivamente se embarcaría para América. Con la idea de que Candelas viera dónde estaba, le llamó la atencion. diciéndole:

— Buenas noches, D. Lucio.

— Hola, maestro, Ud. tambien por aquí, contestó Luis.

— Si señor, he venido á tomar una tacita de café.

— ¡Muy bien! pero ahora que me acuerdo, tengo que reñir con usted.

— ¿Por qué?

— Porque á pesar de haberle pagado por adelantado, aún no me ha llevado Ud. el frac que le encargé hace quince días lo menos.

— Dispense Ud. D. Lucio, pero como sé que tiene Ud. mucha ropa nueva, he procurado cumplir con los más necesitados.

— No hay en el mundo gente más embustera que los sastres, dijo Luis dirijiéndose al caballero con quien había entablado conversacion.

Diga Ud. señor de... ¿tiene la bondad de de decirme su nombre?

— ¿Por qué no? Me llamo D. Pedro Alcántara Villancico, y soy oidor cesante de la Habana.

— ¡Sopla! dijo Luis, si me coje por su cuenta, me cuelga.

— ¿Y Ud. querrá decirme el suyo? porque si viene todas las noches, tendré mucho gusto en hablar con Ud.

— Yo me llamo D. Lucio Cagigal.

— Gracias, pero... yo soy muy franco y no puedo menos de decirle que ha simpatizado conmigo.

— Igual me ha sucedido á mi señor de Villancico.

— ¿Qué hora tiene Ud. señor Cagigal?

— Las diez ménos diez.

— Me parece que vá Ud. adelantado. Son las nueve y cuarenta, dijo Villancico, sacando el suyo y diciendo á Luis.

— Tendría mucho gusto en que Ud. lo aceptára como regalo, porque tengo otro mucho mejor que éste en casa.

— ¡Oh! gracias, mil gracias.

— El otro que tengo, no le suelo llevar encima más que los jueves cuando voy á casa de mi amigo, porque tengo miedo que me lo robe ese famoso ladrón llamado Candelas y otro no ménos que él, llamado Balseiro, que le aseguro á Ud. estarían colgados, si yo tuviera que juzgarlos.

— Pues no se descuide Ud., porque si llega á oídos de ellos, será muy fácil que se queden con él.

— ¿De veras? dijo Villancico.

— Como Ud. lo oye.

Dicho esto, se levantó Luis despidiéndose del caballero y poniendo por pretexto que tenía que hacer; pero que volvería dentro de media hora y tendría mucho gusto en verle.

— Tiene Ud. desde hoy un amigo que vive en la calle Mayor, número 10.

— Yo vivo en la de Carretas, núm. 20, principal, y puede contar con mi amistad cuando Ud. guste.

En el momento sacó Luis el pañuelo del bolsillo y le empezó á limpiar el cuello de la levita, diciendo:

— Caramba, se conoce que le han escupido á Ud. desde algún balcón que le han puesto perdido el cuello: voy á limpiarlo.

— No se incomode Ud. amigo, decía Villancico.

En este instante que le limpiaba, le sacaba el reloj del bolsillo con la mayor destreza.

— Me encanta la amabilidad de ese jóven: ¡Qué buen partido para mi Lola! decía el caballero mientras Luis salía del café.

Villena, que había salido momentos ántes, esperaba con impaciencia á su amigo. Tan luego como se encontraron en la calle, dijo éste á Luis:

— Nadie habla tanto como tú, para luego no hacer nada.

— ¿Y qué culpa tengo yo que tú seas ciego?

— ¿Pues qué has hecho?

— Mira, enseñándole el reloj.

— ¿Y cuándo lo afanaste?

— Cuando me dió la gana. Pero dejemos esto y vamos á la segunda parte.

— ¿Qué segunda parte?

— La de nuestro convenio, sígueme: hasta ahora no has visto más que la agilidad como tomador: solo falta demostrarte mi ingenio.

Candelas comenzó á andar hacia la calle de Carretas, núm. 20. Llegaron al primer descansillo y dijo á Villena:

— Espérate aquí y oye lo que voy á hablar con el que salga á abrir la puerta. Si por casualidad ves venir al caballero del café, toses dos veces y sales á la calle.

Candelas subió algunos escalones y llamó á la puerta.

— ¿Qué se le ofrece á Ud. caballero? dijo un criado.

— ¿La señora de Villancico? preguntó Luis.

— Está en casa; pero tenga la bondad de decirme su nombre.

— La es completamente desconocido; pero dígame que un íntimo amigo de su esposo desea verla, referente á un encargo de éste.

La señora de Villancico que estaba oyendo la conversación del criado y el desconocido, salió inmediatamente por si era que le pasaba alguna desgracia.

— ¿Qué ocurre? preguntó sobresaltada la señora.

— Nada, señora, tranquilícese Ud. Yo soy íntimo amigo suyo y del señor de Calderón, donde nos reunimos todos los jueves para jugar al tresillo.

— Pase Ud. caballero, dijo la señora, que tomaba por verdad las palabras de Candelas.

— Mil gracias, señora; pero estoy de prisa, porque me espera su esposo de Ud. en el café.

— ¿Y qué quería Ud.? volvió á preguntar la inocente señora.

— Estábamos hace un instante en el café, cuando llegó un amigo nuestro y de Calderón, invitándonos para jugar en casa de éste unos turrónes, y como su esposo de Ud. hizo promesa á su amigo de llevar el reloj que le regaló, siempre que fuera á su casa, no quería ir en el momento por no estar dispuesto. Yo que supe la ocurrencia, me brindé á servirle llevándoselo, á consecuencia de estar muy ocupado con otro, tratando de negocios que le pueden favorecer. No se incomode Ud. me dijo, yo puedo ir en terminando. Mas como viera yo que iba haciéndose tarde y la conversación continuaba, le interrogué para venir. Entonces sacó su reloj, que creo sea éste, y me dijo: Pida Ud. el que está en la relojar encima de la cómoda y cuente lo que ha pasado.

— ¡Cuánto siento que se haya molestado Ud. caballero!

— No es molestia, cuando se trata de servir á un amigo.

— Voy á buscarle enseguida, dijo desapareciendo.

— Aquí tiene Ud. el reloj y la cadena que acostumbra á usar.

— Pues con permiso de Ud. me retiro.

Se despidieron ambos y Candelas bajó la escalera con la mayor tranquilidad, en el momento que subía el señor de Villancico.

— ¿Señor D. Lucio? dijo el oidor, más al ver que Candelas no le hizo caso, murmuró subiendo la escalera. Juraría que ese jóven es el que ha estado en el café, pero no debe ser él, porque me hubiera contestado enseguida.

Cuando Candelas y Villena atravesaban la Puerta del Sol, detuvo el paso el primero y dijo:

— ¿Has oido cuanto hablé?

— Sí que lo he oido.

— ¿Y puedes calificar este robo de ingenioso?

— Ahora conozco en tí todo cuanto he oido y te defenderé diciendo que no ha habido, hay, ni habrá, otro más ingenioso que tú. Diciendo esto volvieron á la taberna, cambiando rápidamente de traje. Entónces sacó el reloj y dijo:

— Bien decia el oidor que era una alhaja de precio.

— Cuando estemos en pleno parlamento, pronunciarás un discurso sobre lo que eres y el beneficio que puedes reportarnos.

Al día siguiente y como á las cinco de la tarde, se presenta María en la taberna, asustada completamente, en busca de su amante.

— ¿Qué me quieres, María? preguntó Luis.

— Tengo que hablarte, contestó María.

— Veamos lo que tienes que decirme, porque tengo mucho que hacer.

— Que te persiguen muy de cerca; hoy por la mañana han reconocido mi casa.

— ¿No es más que eso?

— Sí te parece poco...

— Hace mucho tiempo que me persiguen continuamente.

— Pero ahora te prenderán sin remedio, porque es un hombre poderoso el que te busca.

— Me persiguen tantos...

— Es verdad; pero habiéndole preguntado á uno de los que fueron á registrar si habías cometido algún crimen, cosa que me hubiera extrañado, me contestó que habías robado un reloj á un oidor de la Audiencia de la Habana.

— ¿Sí? pues si no es más que eso, no te dé cuidado.

— ¿Pero ha sido verdad?

— De ningún modo, se han empeñado en decir que robo, que hago fechorías y que se yo cuántas cosas más.

— ¿Y si te prenden?

— Me escaparé como ya lo hice anteriormente.

— ¿Y si te ahorcan?

1911  
7356  
— Entónces todo se acaba; pero no tengas cuidado, no llegará el  
sangre al río.

— Con que, adios, que tengo mucho que hacer.

Se despidió de María y salió precipitadamente á la calle, seguido  
por ésta que decía entre sí:

— ¡Póbre Luis! cada día está más metido en sus *negocios*, y ve  
que su fin será en el patíbulo.

Consternado estaba el pueblo de Madrid con la infinita série de  
robos que continuamente hacía, y no paró hasta que á últimos de  
año 1836 cayó Luis en poder de la justicia.

Repetidas eran las instancias que María hacía á su amante para  
que abandonára la carrera del vicio; pero siempre la daba la misma  
contestación, que era: «en cuanto gane lo necesario para vivir des-  
ahogado, lo dejo.» No alhagaba á María esta respuesta, y siempre  
decía que ella podía trabajar para los dos si él no quería hacerlo,  
pero que se retirára de la azarosa vida que había emprendido.

La ocupación que decía á María tenía, no era otra, sino la de  
buscar á su cuadrilla para llevar á cabo el siguiente robo:

En la época á que nos referimos, vivía un laborioso artesano lla-  
mado Cipriano Bustos, tipo y modelo por todos conceptos del ciuda-  
dano útil á su patria y á su familia, no sólo por su constante afición  
al trabajo, sino por sus costumbres altamente morales y sus prácti-  
cas religiosas.

Estas circunstancias tan recomendables, hubieran sido suficien-  
te garantía para prometerle una vida feliz y tranquila. En su casa  
había más personas que su esposa, no ménos laboriosa que éste, y  
sobrino de doce años de edad y la criada.

A las cuatro y media de la tarde, se presentaron dos compañe-  
ros de Luis disfrazados de arrieros, y le dicen:

— Buenas tardes, mi amo.

— Felices las tengan ustedes señores, contestó el espartero.  
¿Qué se les ofrece á ustedes?

— Venimos á ajustar unas cargas de lias, dijo el más jóven.

Son ustedes dueños de elegir las que más les gusten, dijo Bustos.

— Ahora no las podemos llevar porque tenemos que hacer otros  
encargos, por consiguiente, las dejaremos aquí y vendremos por  
ellas mañana por la mañana.

— Como ustedes quieran.

— Tenga usted diez reales en señal, dijo el más alto de los dos.

— Nada, nada, quédese con ellos y hasta mañana.

— Vayan ustedes con Dios, señores.

Los dos mercaderes desaparecieron y Bustos la dijo á su mujer:

— Estoy temblando que me roben un día los ahorros que tan  
trabajo me han costado.

— ¡ Pobres de nosotros! dijo la mujer con voz temblorosa.

— Mira, ten preparadas algunas ollas grandes y cuando se actu-

te la criada, meteremos en ellas el dinero y las esconderemos entre tú y yo.

— Es buen pensamiento, dijo ella con alegría.

Serían las cinco de la tarde del día siguiente, cuando se presentó uno de los dos que habían estado el día antes, en ocasion que Busto se encontraba ausente de su casa, y á cuyo cuidado quedó su sobrino.

— ¿Qué se les ofrece á ustedes? pregunto el muchacho.

— ¿No ha venido mi compañero á buscar las lias? interrogó el mismo del día anterior.

— ¿No señor, repondió el sobrino de Bustos.

— ¡Mil demonios le lleven! — gritó el bandido — ¡me quema con su calma! Voy á ver si le encuentro. Si viene, dile que se dé prisa, que tenemos que marchar al amanecer.

— Está bien

A las ocho de la noche, y cuando el espartero se disponía á cenar con su familia, llamaron fuertemente á la puerta. El sobrino, sin abrigar la menor sospecha, así como tampoco su tío, se levantó y dirigiéndose á la puerta, preguntó:

— ¿Quién llama?

— Abre, que venimos á buscar las lias.

— Despáchalos en un momento, dijo Bustos á su sobrino.

Abrió la puerta y entraron los dos fingidos arrieros; pero en el mismo instante se abrió de repente la puerta que habían dejado entornada, y se lanzaron dentro de la tienda hasta siete hombres armados con sables, aunque vestidos de paisano.

El espartero al sentir el ruido se quedó atónito al ver á Candelas entre otros vestido de miliciano nacional y galones de cabo primero.

— ¿Acaban de entrar aquí unos picaros facciosos? dijo Candelas.

— Aquí no han entrado más que esos dos hombres que me han comprado esas lias.

— ¡Ellos son! — dirigiéndose á los demás: — ¡matarlos, matarlos!

Los bandidos fingiendo lanzarse sobre los dos tratantes, les dieron algunos sablazos arrojándose contra el suelo.

— Señor Bustos, le dijo Candelas, es preciso que en el acto nos entregue los diez y seis mil duros que tiene en su poder.

— ¡Dios de misericordia! exclamó el infeliz Bustos, ¿de dónde he de tener yo ese dinero que ustedes suponen?

— De las cofradías, contestó Candelas.

El infeliz artesano, conociendo próxima su muerte, les entregó las llaves, diciendo:

— Tomen las llaves de los cajones donde tengo lo que poseo; pero no me maten.

— No tema Ud. que no se le hará nada, dijo Luis.

Los bandidos abrieron la cómoda y despues de extraer todo el dinero; se dirigió Candelas á Bustos, diciéndole:

— Si no dice Ud. donde tiene escondido el dinero, no dura ni dos minutos.

Perdida ya la esperanza de salvar un solo maravedí y atendiendo únicamente á salvar su vida, el desgraciado espartero les señaló el sitio donde habia enterrado el resto del capital que tenia en su poder.

A cosa de las diez ménos cuarto abandonaron la casa del espartero aquellos facinerosos, llevéndole unos ocho mil duros en dinero y dejándole en su lugar una barra de hierro y dos navajas.

A las ocho de la mañana del día siguiente, se presentó Luis en casa de su amada, cuando ésta se hallaba engolfada en sus amorosos pensamientos.

— ¡Luis de mi alma! gritó María arrojándose á sus brazos,

— ¡María! dijo Candelas acariciándola: ¿me amas todavía?

— Si, Luis, te amo y te amaré mientras la sangre circule por mis venas, mientras lata en el pecho mi corazón. Tu amor es mi vida. Te amo Luis, te amo con locura, con idolatría; y estoy dispuesta á morir contigo hasta en el cadalso, si necesitas este sacrificio de mi parte.

— ¡Vida mía! dijo Candelas sollozando.

— ¡Jesús, Jesús! murmuró la buena Mónica, que así se llamaba la señora que la servía de demandera; esa muchacha se ha vuelto loca ó está poseida del demonio. ¡Dios me ampare y me defienda! ¿qué vá á ser de ella y de mí, si en uno de esos arrebatos la dá por marcharse con ese hombre?

Candelas condujo de la mano á María y sentándola en una silla la dijo:

— Siéntate María tranquilízate.

Dirigiendo la vista hacia la señora Mónica, dijo Luis:

— ¿Por qué está Ud. triste? ¿Tiene Ud. miedo de mí?

— Si he de decir verdad, no tengo miedo más que por María contestó Mónica.

— Ea... fuera penas, añadió Luis, nunca ha de suceder más que lo que Dios quiera. Vaya Ud. á buscar almuerzo.

Al decir esto la echo sobre el delantal una onza de oro.

— ¿Para qué es esto? le preguntó Mónica.

— Toma, para que compre Ud. lo que haga falta.

Mónica salió á la compra y Candelas dijo á María,

— Ya estamos solos, vida mía, escúchame que quiero hablarte como un hermano á una hermana. ¿Estás dispuesta á seguirme?

— Cuando quieras y á donde quieras: contestó María. Estoy deseando salir de Madrid porque veo tu desgracia que se acerca paulatinamente; y con el mayor cariño añadio estas palabras:

— ¿Y serás para mí un hermano?

— Mientras tú así lo desees, no verás en mí otra cosa que el hermano más cariñoso.

Mónica se presentó en este momento.

— ¿Trae Ud. todo lo necesario, señora Monica?

— Sí, Luis contestó ésta.

Después de preparado el almuerzo, salió Luis con dirección á la calle Imperial á reunirse con su cuadrilla, no sin haber dejado á María una fuerte cantidad de dinero para que lo guardára.

Momentos después de haberse presentado en la taberna, salieron todos los compañeros que ya le esperaban á la calle del Carmen, esquina á la de la Salud, donde vivía doña Vicenta Mormín, modista de S. M. la Reina. Serían las dos de la tarde, cuando en la sala principal de la casa de doña Vicenta se hallaba ésta en conversación con dos muchachas, una de ellas era la esposa de Fernando, el antiguo criado que tenía y que era cómplice de Luis. Doña Vicenta se hallaba triste porque hacía tiempo que no sabía de su hija que estaba en Francia.

— Debe Ud. tranquilizarse, dijo Ramona la esposa de su criado: cuando esté Ud. más descuidada va á recibir noticia de ella que está buena como nosotras.

— Dios te oiga, Ramona, pero hasta que no llegue ese día estaré intranquila.

Un campanillazo fuerte resonó en el interior de la casa.

— ¡Parece que han llamado! dijo doña Vicenta.

— Sí, señora; pero Nicolás habrá ido á mirar por el ventanillo.

— ¿Quién ha llamado? preguntó doña Vicenta.

— Es un correo francés, señorita, contestó Nicolás.

— Abra Ud. pronto, que traerá noticias de mi hija.

— Voy corriendo.

Fernando se retiró y doña Vicenta dijo á las dos mujeres que se ausentáran por breves instantes.

La modista quedó sola y después se presentaron Candelas y Balseiro.

— A los piés de Ud., señora.

— Beso á Ud. la mano, le respondió doña Vicenta.

— ¿Conoce Ud. al correo Esgaris?

— Sí, señor, porque siempre que regresa de París me trae noticias de mi querida hija.

— ¿Con que tiene Ud. una hija en Francia?

— Ya creo haber dicho que sí, prorrumpió doña Vicenta.

Balseiro se adelantó y preguntó:

— ¿Es cierto que vive Ud. con un caballero?

— He vivido, pero ahora no está en Madrid.

Candelas cerró al mismo tiempo las maderas de los balcones y se acercó enseguida á donde estaba doña Vicenta y Balseiro.

— No se asuste Ud., señora, que no tratamos de hacerla daño.

La modista que conservaba toda su sangre fría y animación á pesar de lo apurado del lance, le dijo á Candelas:

— Veo que es Ud. un ladrón muy fino y es lástima que se haya dedicado á una profesión tan infame.

— Qué quiere Ud., señora, nací sin duda bajo el influjo de una mediana estrella; pero esto no es del caso, y ahora la voy á causar á Ud. un nuevo disgusto.

— ¿Por qué?

— Porque quisiera que Ud. se echase en el suelo.

— Como Ud. quiera dijo la modista.

Candelas la tapó con su capa, preguntándola:

— ¿Está Ud. bien así?

— No, señor, porque estoy en una postura muy violenta sin tener nada debajo de la cabeza.

— ¿Quiéreme Ud. que la ponga unos almohadones?

— Si Ud. me hace el favor, contestó doña Vicenta.

— ¡Cómo no, con muchísimo gusto!

Candelas se dirigió después á una cómoda, y mientras examinaba lo que había en sus cajones decía á la modista,

— Puede estar segura, señora, que antes perderé yo mi vida que se la haga daño de ninguna especie.

— Gracias, contestó ella.

Candelas salió de la sala y se dirigió á la alcoba donde estaba el criado conversando con los demás, preguntándoles:

— ¿Hay novedad?

— Ninguna, respondieron todos.

— Vamos, Nicolás, llévame al sitio donde tu ama tiene el parné.

— Enseguida, contestó Nicolás, dirigiéndose á la habitación.

Después que Candelas se apoderó de unos cuantos taleguitos de onzas y varias alhajas de mucho valor, le dijo al criado:

— Déjame la luz y vete á la cocina por si ocurre algo.

En el momento sonó un campanillazo.

— ¿Qué es eso? preguntó Candelas.

— Que han llamado, capitán, contestaron los ladrones.

— Vete y abre con calma, Fernández; si preguntan por tu ama, que pasen, no siendo gente armada.

Dirigiéndose el criado hacia la puerta, preguntó quién era.

— ¿Está doña Vicenta?

— Sí, señora.

Abrió la puerta y entraron dos señoras vecinas de la modista.

— Pasen ustedes á la sala, dijo Fernández.

Apenas las señoras habían penetrado, oyeron una voz desconocida que las decía:

— ¡Callando y andando!

Mientras esto sucedía, Candelas se apoderó de cuatro mil duros en onzas de oro colocados en talegos cosidos y separados. Otro que contenía doce mil reales. Se apoderó también de varias alhajas y ropas. Verificado el robo con la calma y tranquilidad que hemos

manifestado, y después de hechos los correspondientes líos de ropas, en cuya operación tardaron hasta las seis y media. Candelas oyó el silbido de un pito: entonces á doña Vicenta la dijo:

— Siento mucho, señora, haber causado á Ud. este disgusto, y la ruego que me perdone, pues no ha estado en mis manos evitarlo.

— ¡Está muy bien! contestó doña Vicenta con ironía.

— Adios, señora.

Doña Vicenta no contestó, porque sin duda la sofocaba la rabia: pues creía que Luis añadía á la burla, la infamia.

— ¿Está todo preparado? preguntó Luis á los suyos.

Todo, capitán contestaron.

— Echate en el suelo Nicolás, para que te ate y así figura que nos has servido á la fuerza.

El criado hizo lo que le mandaba Candelas, retozándole la risa por los labios y sacó un pañuelo de seda del bolsillo y le ató los pies y las manos.

Cinco minutos después todo estaba en silencio en la habitación y comprendiendo doña Vicenta que los ladrones se habían marchado se levantó y comenzó á dar gritos, á los cuales acudió toda la vecindad y muchas de las personas que pasaban por la calle.

Ya saben nuestros lectores que Candelas no ansiaba más que hacer algunos robos que le proporcionasen lo suficiente para vivir independiente con María fuera de España, y como la parte que le correspondió de lo robado, era suficiente para satisfacer su ambición, comunicó su pensamiento á Balseiro y algunos otros más, y no encontrándole descabellado, al día siguiente del robo de la modista salieron de Madrid en una tartana con dirección á Valladolid, Candelas y María, Balseiro y Josefa Gómez su querida. Luis montaba un brioso corcel adelantándose unas veces y atrasándose otras para si encontraba algún inconveniente en el camino no hacerse conocer. No iba descaminado en sus recelos, porque el juez de la causa, Sr. Serrano, acordó por auto de 1.º de Marzo siguiente, la prisión de Luis y ocho personas más en quien recaían las sospechas.

Temeroso Balseiro de la salida de España por ser más fácil su captura, manifestó á Luis los deseos de volverse á Madrid con su querida. Hechas las reflexiones que Luis pudo, referente á lo que sabía estaban en su busca, Balseiro, no hizo caso y se puso en camino al día siguiente.

Sin perder tiempo, Candelas, se enteró de los buques que había el puerto más próximo á darse á la vela para Londres y supo con disgusto que el primero que saldría era un bergantín, pero no lo haría hasta quince días después.

A fin de distraer de sus penosos pensamientos á su idolatrada María, al día siguiente de su llegada salió con ella á recorrer los alrededores y hacía lo mismo todas las tardes. María suspiraba de cuando en cuando, Candelas la contemplaba silencioso y dijo:

— ¡Cuán desgraciado soy, María!

— ¿Por qué, Luis mío? contestó ésta.

— Porque veo que á pesar de mi cariño mi ternura y mi desvelo día y noche por complacerte, no me es posible hacerte feliz.

— Perdóname Luis; pero por más esfuerzos que hago no me es posible hacerme superior á la pena que desgarrá mi corazón.

— ¿Y crees que yo no sufro también, María? ¿crees que mi corazón no está atormentado incesantemente? Sí, sufro quizá tanto como tú, cada vez que pienso que me voy á alejar para siempre de la tierra que me ha visto nacer; y si algo ha calmado hasta ahora mi dolor, ha sido tu cariño; ha sido el pensar que podía hacerte dichosa, y que aun cuando tuviéramos que vivir solos, sin parientes ni amigos en un país extranjero, podríamos dulcificar con nuestro cariño y nuestras caricias los pesares de la emigración.

— Luis, yo también lo creía así antes de salir de Madrid.

— ¿Luego tú no quieres partir, María?

— Si tú partes, te seguiré á donde vayas, aunque sé que voy á buscar la muerte. Luis.

— ¿Tú sin duda no has pensado, María, que si me resuelvo á quedarme en España me expongo á morir en un cadalso?

— Balseiro se ha quedado en España sin temer ninguno.

— Es que Balseiro no se halla en el mismo caso que yo.

— Los dos habéis cometido igual delito.

— Creo que no me amas, María, tanto como yo creía.

— ¿Por qué?

— Porque no temes exponerte á morir en un cadalso.

— Si tuvieras tal desgracia, el dolor me quitaría la vida.

— Y sin embargo...

— Temo salir de mi país: conozco Luis, que cuando más se acerca el momento, más me van abandonando las fuerzas, y acaso dentro de dos días no tendré valor suficiente para seguirte si te empeñas en marchar.

— ¡Quiéres perderme, María! ¡ah! ¡nunca esperaba tanto egoísmo de tu parte!

— ¿Egoísmo llamas al temor que tiene una mujer débil como yo de abandonar su patria para lanzarse, primero á los mares, y después á cruzar errante un mundo nuevo para ella, donde no hallará un amigo ni una persona que pueda comprender sus palabras?

— No se dirá nunca que me has ganado en valor ni en generosidad, María, como tampoco se dirá que me has superado como amante. Pues bien; desde este mismo instante queda resuelto que no partiré, por más que firme mi sentencia de muerte en un cadalso.

— No lo permitiré nunca Luis; no quiera Dios que llegue un día en que tenga que llorar tu resolución con lágrimas de sangre; huyamos, y sea lo que Dios quiera.

— Basta, María, mañana partiremos á un pueblo inmediato de

éste, donde yo pueda con más tranquilidad y sosiego pensar en mi porvenir.

— ¿Conque estás resuelto á quedarte, Luis?

— Por tí daría todas las vidas que tuviera; sé que tu amor me dará la muerte, pero la prefiero por una mirada tuya. Los días que pase á tu lado serán los únicos que seré feliz sobre la tierra; pero no temeré la seña del verdugo ni el aparato lúgubre del suplicio.

— Aparta de tu imaginación semejante idea; como tú vivas tranquilo y retirado, acaso nadie te conocerá, y podrá durar muchos años nuestra felicidad.

— Ya es tarde, María: la noche principia á tender su velo sobre la tierra y sobre los mares, y ántes de que oscurezca del todo, debemos retirarnos á la posada.

Los dos amantes se incorporaron abandonando el blando césped, y despues de echar una última mirada hácia el mar, tomaron el camino de su posada, tan silencioso y triste como ántes de tener aquella conversacion, cuyo resultado tanto había de influir sobre el porvenir de los dos.

Tal y como lo habían pensado, así lo efectuaron al día siguiente.

En esta situación triste y comprometida á la vez, Candelas pensó adoptar una resolución decisiva y emprender la fuga para Portugal, y considerando que María le servirá de obstáculo para su marcha, la hizo presente que convenia á la felicidad de los dos que se separasen hasta que él pudiese ponerse en salvo, y que luego se reunirían en Lisboa, si se consideraba con valor, para vivir en su compañía en un país extranjero. María, asustada del pasado y temerosa del porvenir, no presentó ninguna objeción á los proyectos de su amado, saliendo para Madrid en union de unos carreteros; pero aunque viajaba con nombre supuesto, fué conocida y presa como cómplice de Candelas á los pocos dias de haber llegado á la corte.

Candelas, desesperado y solo, salio de Valladolid con intención de meterse en Portugal; pero por desgracia fué reconocido por el postillón de la diligencia, el cual al llegar á Olmedo dió parte al sargento de la Milicia Nacional, de que dentro de algunos momentos podia prender en Olmedo á Candelas. Por pronto que el referido sargento corrió á dar aviso para prenderle acompañado de la justicia, ya había desaparecido. No obstante, el comandante dispuso salieran seis lanceros en su busca, pudiendo capturarle durmiendo en unos fardos que había en la posada de Alcazarén. Preguntado por éstos cómo se llamaba, presentó un pasaporte á favor de D. León Cañida, que así decía llamarse, hasta que por fin declaró ser Luis Candelas, pero negando en absoluto los robos que se le acumulaban. Terminadas las primeras diligencias del sumario, el jefe político remitió á Candelas á disposición del juez de primera instancia de Madrid, custodiado por una fuerte escolta, á fin de que fuese juzgado con arreglo á la ley, y á fines de Agosto entró Luis en Madrid rodeado por

un inmenso gentío, y fué encerrado en la Carcel de Córte, donde no había de volver á salir más que para espiar sus delitos en el cadalso.

Hemos dicho ya que la desgraciada María había sido presa y encerrada en la cárcel aunque viajaba con nombre supuesto; pues bien, vamos á explicar cómo sucedió. Salió de Valladolid con unos carreteros en dirección á la córte y llegó hasta las Rozas sin novedad, desconocida de todo el mundo; en las Rozas entró á comer en un parador en unión de los carreteros en cuya compañía viajaba, y no observó que á la puerta del parador había detenidas una porción de personas, y entre ellas una mujer que la examinó con suma curiosidad. Aquella mujer se acercó á uno de los carreteros, y le preguntó señalando á Maria:

— ¿Esa jóven, viene con ustedes?

— Sí, señora.

— ¿Desde dónde?

— Desde una legua de Valladolid, poco más ó ménos.

— ¿Sabe Ud. cómo se llama?

— Creo que Juana

La mujer se retiró sonriendo irónicamente, y no se puso en movimiento hasta que lo hicieron los carreteros. Una vez ya en la puerta de San Vicente, se retiró y llamó á uno de policía diciéndole:

— ¿Vé Ud. aquellos carros que vienen por la carretera?

— Perfectamente, contestó el de policía.

— Pues una jovencita que viene con ellos, que trae una camisetita de percal color de mahón, es la querida de Luis Candelas, la cómplice de sus robos, y la que se fugó de Madrid con él.

— ¿De veras?

— Lo mismo que Ud. lo oye.

— ¿Y Ud. quién es? la preguntó con maligna sonrisa.

— Yo... ya lo vé Ud. una asturiana que viene á servir.

— ¿Supongo que traerá el correspondiente pasaporte?

— No le tengo, porque creí que para viajar no hacía falta ningún papel.

— ¡Esas tenemos! ¿Y diga Ud. jóven, de qué conoce Ud. á la querida de Candelas?

A esta pregunta acabó de desconcertarse la asturiana y no acertó á responder una sola palabra.

— Vamos, vamos, murmuró el de la policía; casi estoy por creer que es Ud. tan buena como la otra. Por de pronto, se queda usted detenida.

El celador volvió la cabeza á otro lado, é hizo una seña á dos subordinados, que se aproximaron inmediatamente.

-- Cuiden Uds. de esta mujer, que me parece es pájara de cuenta.

En este momento entraban los carros por la puerta, y de repente sintió Maria que le tocaban en el hombro derecho.

— ¿Qué quiere Ud. ? preguntó esta palideciendo.

— Sígame Ud., soy un celador de policía.

— ¿Y qué tengo yo que ver con la policía?

— Sí, morenita, y aun algos: escuse Ud. toda ficción, porque la conozco y ya la estaba esperando, pues sabía que venía Ud. en compañía de estos carreteros.

— ¿Quién soy yo? preguntó María con alguna entereza.

— Es Ud, la quecida de un pájaro de mucha cuenta.

— ¡Soy perdida! exclamó María; ¿Quién me habrá delatado, si yo no he hecho daño á nadie?

— Mire Ud. la que me ha dicho que venía, dijo el celador señalando á la asturiana. ¿Es enemiga de Ud.?

— No señor, le contestó María; me parece que no la he visto nunca... ahora recuerdo... he visto á esa mujer en compañía de uno que se llama Paco el sastre, pero que no he hablado nunca con ella.

— Vaya, pues ahora irán las dos á la Cárcel, y allí tendrán tiempo de darse todas cuantas satisfacciones quieran.

Dicho esto, emprendieron todos la marcha para la Cárcel.

Dejemos á ésta en la prisión, y vamos á ocuparnos de su desventurado amante.

Dejando aparte las ligeras digresiones que nos hemos permitido, continuaremos diciendo, que la causa de Candelas seguía su tramitación con una actividad no acostumbrada, y aunque muchas personas, algunas de posición, estaban interesadas por librarle de la ignominia del cadalso, como las pruebas que resultaban contra él estaban tan patentes, pues fué sacado varias veces en rueda de presos por la modista de la Reina y otras personas de las que habían sido víctimas de sus atropellos, el juez de primera instancia ptdió para el procesado la pena de muerte en garrote vil.

Serían las once menos cuarto de la mañana cuando el desgraciado Candelas, que se hallaba en el calabozo, fué llamado por el alcaide para oír su sentencia de muerte.

— ¡Ya todo ha terminado! exclamó dejándose caer en un sillón de badana negra; ¡ya llegó el momento fatal en que vá á convertirse en realidad el sueño con que me avisó la Providencia para que abandonára mi carrera criminal! Dios es justo, y por consiguiente, no puedo quejarme de mi fatal destino.

— Tiene Ud. razón, hijo mío; Dios es justo; pero es también misericordioso, y solo espera para abrirle á usted los brazos con paternal amor, que usted implore de su bondad infinita el perdón.

— Agradezco á Ud. padre mío, las palabras que me ha dirigido; pero por ahora no creo que me hagan mucha falta, pues tengo todavía tres días de vida y durante este tiempo hay más que suficiente para prepararse cualquier cristiano á morir como debe. Hoy le consagraré á las cosas del mundo, y desde mañana á la tarde podrá usted auxiliarme con sus consejos, si acaso los considero necesarios.

— Está bien, hijo mío, le respondió el sacerdote con dulzura;

pero de todos modos mi deber es estar al lado de Ud., y hasta el último momento no le abandonaré ni un instante.

— ¿Me podrán facilitar papel y tintero? preguntó Candelas.

— Sí, señor; contestó un hermano de la caridad.

— Pues hágame Ud. el favor de proporcionarme avios de escribir, porque quiero hacer el último esfuerzo, no por conservar mi vida, que me es del todo indiferente, sino por evitar á mi familia y á mis amigos el triste espectáculo que he de dar en el cadalso.

— ¿Qué piensa Ud. hacer? le preguntó el sacerdote.

— Poca cosa: redactar una instancia para S. M. la Reina solicitando mi indulto, y escribir una carta á un individuo de mi familia.

— ¿Alimenta Ud. alguna esperanza de indulto?

— Padre, mil veces he oído que la esperanza no abandona al reo hasta el último momento, y yo tengo más motivos para esperar una gracia de S. M. que cualquiera otro que se halle en mi lugar.

— ¿Porqué?

— Porque no creo que, con justicia, se pueda quitar la vida á un hombre que no ha matado ni herido á nadie, y yo tengo el orgullo de decir que no he sido asesino nunca, ni he derramado una gota de sangre humana. Dicen que me han condenado con arreglo á no se que ley; pero al par que me someto, porque no tengo otro remedio á resignarme con el fallo de los jueces, no puedo ménos de imaginar que debe ser una ley muy bárbara y cruel la que castiga tan terriblemente mis faltas; ¡pero cómo ha de ser! Dios se lo tomará en cuenta á los que me han sentenciado, si llega á cumplirse su condena, y á mí me lo tomará también en descargo de mis enormes culpas.

— ¡Cuánto me complace, hijo mío, ver en Ud. tanta conformidad y tanta resignación! ¡Cuán feliz vá á ser Ud. dentro de poco tiempo, al presentarse limpio por la expiación delante del tribunal del Señor, que tambien murió en un cadalso ignominioso!

— Lo que Ud. me dice, señor cura, ¡lo creo muy bueno y muy santo; pero dejémoslo para despues, que ahora quiero acuparme de la salvación de mi vida.

El hermano de la caridad se presentó con recado de escribir y lo puso sobre la mesa. Candelas escribió una solicitud para S. M. la Reina, en la que manifestaba había sido condenado á muerte, implorando clemencia por no haber sido asesino. Estas y otras más palabras llenaban el papel que firmó en la capilla el día 4 de Noviembre de 1837, á las doce de la mañana.

Terminada que fué la puso en manos de un hermano de la caridad, para que la entregara á S. M., diciendo al sacerdote:

— Tengo poca confianza en conseguir lo que deseo, por haber robadó á la modista de S. M.

— Animo; hijo mío, tenga Ud. confianza en Dios.

Candelas permaneci6 sereno, tranquilo y resignado todo el día,

hablando familiarmente con el cura, con los hermanos de la caridad y con varios amigos que le visitaron.

Durmió toda la noche con un sueño tan profundo que parecía verse en él la tranquilidad del justo.

Al día siguiente á la hora de comer, lo hizo con un apetito ordinario y hablando con la mayor tranquilidad con las personas que le rodeaban.

Pasó tranquila la noche; pero algunos momentos se acordaba de los consejos de su padre y del amor de la pobre María que sufría como él en una lóbrega prisión.

Serian las ocho de la noche cuando Candelas, después de escuchar con religioso silencio algunas exhortaciones del sacerdote, manifestó un verdadero arrepentimiento de sus culpas.

A las siete de la mañana oyó misa y comulgó poniéndole el verdugo la hopa amarilla.

— ¿Es hora ya? preguntó Candelas.

— Sí, hijo mío, valor.

— Pues vamos: gracias á Dios me siento tan fuerte como si estuviera en libertad; cuanto más pronto se acabe la vida, más pronto se acabarán los sufrimientos.

— La fúnebre comitiva se puso en marcha: el reo bajó la escalera con el mayor desembarazo, y del mismo modo subió en el burro que le condujo al suplicio.

Al llegar frente á San Isidro pidió un vaso de agua, que bebió tranquilamente, y continuó su marcha, pero frente á la fuente de la calle de Toledo, se detuvo nuevamente para beber un vaso de agua mezclado con vino.

Un cuarto de hora tardó la comitiva en llegar desde la puerta de Toledo hasta el cadalso, á causa de la aglomeracion de gente que impedía el paso; pero por fin llegó: ántes de subir Candelas se reconcilió con uno de los sacerdotes que le acompañaban y concluido, entregó á uno de los hermanos de la caridad un pañuelo y una sortija, diciéndole:

— Esta sortija y este pañuelo, quiero que se lo entreguen á... y pronunció el nombre en voz tan baja que solo lo pudo oír el que recibía el encargo. Hágame Ud. el favor de decirle que este es el último recuerdo que la consagra Luis Candelas, antes de subir las gradas del patíbulo.

Subió la fatal escalera con el mayor valor y tranquilidad, y apenas se vió sobre el tablado echó una mirada á su alrededor y elevó los ojos al cielo. Sin duda iba envuelta en aquella mirada su despedida de este mundo de miserias y su esperanza de que pronto, por la misericordia de Dios, iría á gozar en el cielo de la felicidad.

Se sentó enseguida en el pavoroso banquillo, y no hallándose bastante cómodo, se levantó, volviendo á sentarse, preguntándole al mismo tiempo al verdugo:

— ¿Estoy bien así?

— Muy bien, le contestó.

Le ató los piés y las manos, según costumbre, y después le colocó la matadora argolla en el cuello á fin de ajustarla bien; en esta situación volvió Candelas un poco la cabeza y le dijo al ejecutor:

Pepe, no aprietes mucho, porque tengo que hablar.

El verdugo dió dos vueltas á la argolla, y separándose á un lado los sacerdotes y hermanos de la caridad, se observó de repente un silencio profundo en aquel océano de cabezas, ávidas de escuchar las últimas palabras del reo: Entonces Candelas, con voz clara, marcada y firme entonación, pronunció estas palabras:

— ¡Hermanos míos! os ruego que me perdonéis como yo os perdono. He sido pecador como hombre, pero nunca se mancharon mis manos con la sangre de mis semejantes. Digo esto, que oye el que vá á recibirme en sus brazos. ¡Adios patria mía, sé feliz!

Concluida esta corta arenga, principió á decir el Credo, y algunos segundos después, su alma, pura sin duda de toda mancha, subió á rendir cuenta de su peregrinación al Dios misericordioso.

La sensible y enamorada Maria continuaba presa, sufriendo toda clase de dolores físicos y morales, pues los disgustos porque habia pasado su juvenil existencia, habian alterado notablemente su salud; y el desgraciado fin de su amante, de que ella sola se consideraba culpable, por no haber huido con él á un país extranjero, la atormentaba la conciencia constantemente, como queda expresado.

Poco tiempo despues de la ejecución de Luis, fué sentenciada á cuatro años de reclusion por creerla cómplice en los robos de su amante.

Josefa Gomez, fué tambien sentenciada á seis años de reclusion por haberse fugado de la cárcel de Valladolid y conducir á Oviedo un baul de la propiedad de doña Vicenta, la modista de S. M.

Balseiro y Paco el Sastre, cuya sentencia era de muerte, pudieron fugarse de la cárcel, emprendiendo otra vez la carrera del crimen.

Una vez en poder de los tribunales á consecuencia del robo de los hijos de Gaviria, fueron sentenciados y decapitados un año despues que Luis Candelas.

Vista la inocencia de María y probado que no era culpable de los hechos de su amante, sino por el contrario, que siempre trataba de traerle á buen camino, personas de alta importancia en la corte, se dirigieron á S. M. en demanda de indulto, el que la fué concedido después de formar un largo y escrupuloso proceso en la averiguación.

FIN DE LA HISTORIA